
2000: EL AÑO DE LA PROTESTA GLOBAL CONTRA LA GLOBALIZACIÓN

Walden Bello*

Es probable que, al igual que el año 1929, el año pasado conste como uno de esos momentos definitivos en la historia de la economía mundial. Sin duda, las estructuras del capitalismo global parecen sólidas, y muchos de la elite global en Washington, Europa y Asia se felicitan por haber contenido la crisis financiera asiática, y pretenden parecer confiados respecto del lanzamiento de una nueva ronda de negociaciones comerciales bajo el auspicio de la Organización Mundial de Comercio (OMC). Sin embargo, lo que vimos fue una dramática serie de acontecimientos que efectivamente podrían conducir al momento en el cual, según el “poeta”, “todo lo sólido se desvanece en el aire”.

Para el capitalismo global el año se inició un mes antes, entre el 30 de noviembre y el 2 de diciembre de 1999, cuando la Tercera Reunión Ministerial de la OMC colapsó en Seattle. El año terminó más temprano, en diciembre del 2000, con un evento de igual trascendencia: la desintegración de la Conferencia sobre Cambio Climático en La Haya.

* Director Ejecutivo de Focus on the Global South, un programa de investigación, análisis y promoción social, del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Chulalongkorn (CUSRI) en Bangkok, Tailandia; y Profesor de Sociología y Administración Pública en la Universidad de Filipinas.

SEATTLE: EL PUNTO DE QUIEBRE

Ha de ser escrita aún la historia definitiva de los eventos de Seattle. Sin embargo, estos no se pueden entender sin tomar en cuenta la interacción explosiva entre las protestas militantes e implacables de unas 50.000 personas en la calle, y la rebelión de los delegados de los países en desarrollo dentro del Centro de Convenciones de Seattle. Mucho se ha dicho sobre las motivaciones particulares de los manifestantes y de los delegados del Tercer Mundo, y sobre las diferencias en las filas de los manifestantes. Es verdad que algunas de sus posiciones sobre temas claves como por ejemplo la incorporación de normas laborales dentro de la OMC fueron a veces contradictorias. Pero la mayoría estuvo unida en su oposición a que se expanda un sistema que promueve la globalización corporativa a costa de objetivos sociales tales como la justicia, la comunidad, la soberanía nacional, la diversidad cultural y la sustentabilidad ecológica.

Más aún, la debacle en Seattle no habría ocurrido sin este otro acontecimiento: la incapacidad de la Unión Europea y de Estados Unidos para resolver sus diferencias sobre temas claves, como por ejemplo qué reglas deben controlar su competencia monopólica por los mercados agrícolas. Y quizás el impacto de lo que pasó en Seattle habría sido menos masivo de no haber existido el comportamiento brutal de la policía. Los asaltos sobre los manifestantes mayoritariamente pacíficos por parte de policías vestidos en sus uniformes de corte Darth Vader, delante de las cámaras de televisión, convirtieron a las calles de Seattle en un gran símbolo de la crisis de la globalización.

Cuando la OMC fue fundada en 1995, esta organización fue vista como la joya de la corona del capitalismo en la época de la globalización. Sin embargo, con el colapso en Seattle, hasta los poderes que aún tenían una descarada confianza en su propia creación reconocieron las realidades que habían venido ignorando o minimizando. Por ejemplo: que la máxima institución de la globalización es de hecho fundamentalmente anti-democrática, y que sus procesos no son transparentes, fue reconocido por representantes de los más acérrimos defensores en los días previos a Seattle. Se puso en evidencia la crisis de confianza de la elite global ante las palabras del Ministro de Comercio e Industrias de Inglaterra, Stephen Byers, cuando declaró que “la OMC no puede seguir en su forma actual. Se necesita un cambio fundamental y radical para que responda a las necesidades y aspiraciones de sus 134 miembros”.

Seattle no fue un evento único. La dura crítica a la OMC y a las instituciones de Bretton Woods fue la no tan oculta corriente durante la Décima Asamblea de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) realizada en Bangkok en el mes de febrero. Efectivamente, aunque para la mayoría se trató de una reunión internacional sin novedades, lo que marcó la conferencia ante la prensa mundial fue la cara del Director saliente del FMI, Michel Camdessus, cubierto con un pastel después de un tiro perfecto por parte del activista anti-FMI Robert Naiman.

DE WASHINGTON A MELBOURNE

La acción de Naiman fue parte del telón de fondo de la primera gran confrontación post-Seattle entre las fuerzas pro- y anti-globalización: la reunión de primavera del FMI y del Banco Mundial en Washington, DC. Unos 30.000 manifestantes invadieron la capital de EE.UU. a mediados de abril y encontraron que un gran segmento de la parte noroeste de la ciudad estaba cercado por unos 10.000 policías. Durante cuatro lluviosos días, los manifestantes intentaron sin éxito abrir una brecha en la falange policial para alcanzar el complejo del FMI/Banco Mundial, lo cual resultó en la detención de cientos de personas. La policía declaró la victoria. Sin embargo, aunque los manifestantes perdieron la batalla, ganaron la guerra. El mero hecho de que se hubieran presentado 30.000 personas para protestar contra los gemelos de Bretton Woods fue en sí una victoria masiva según los organizadores, pues en eventos previos no habían logrado movilizar a más de unos pocos cientos. Los medios se centraron en Washington, y para millones de personas en todo el planeta la primera impresión sobre el FMI y el Banco Mundial fue la de ser instituciones asediadas por personas que las acusaron de provocar pobreza y miseria al mundo en desarrollo.

Desde Washington, la lucha se trasladó a Chiang Mai, en la sierra tailandesa, donde el Banco Asiático de Desarrollo (un organismo multilateral notorio por su financiamiento a proyectos gigantescos que alteraron comunidades y desestabilizaron el medio ambiente) realizó su Reunión Anual Nro. 33 a inicios de mayo. La cúpula del Banco quedó tan pasmada al ver a unas 2.000 personas exigiéndole que salga de la ciudad, que poco después de la clausura de la conferencia el Presidente del Banco, Tadao Chino, creó un Grupo de Trabajo ONG para tratar con la sociedad civil. Temeroso de protestas más masivas en el 2001, el Banco cambió el sitio de su próxima Reunión Anual de Seattle a Honolulu, pensando que sería un lugar más seguro.

No obstante, la reunión de Chiang Mai no sólo tuvo implicancias para el Banco Asiático de Desarrollo. Considerando que la mayoría de los manifestantes fueron campesinos tailandeses pobres, las protestas mostraron que la base del movimiento anti-globalización no sólo incluye a los jóvenes de clase media y los sindicalistas de los países industrializados. Asimismo, los organizadores claves de las manifestaciones de Chiang Mai, como Bamrung Kayotha (uno de los líderes del Foro de los Pobres), participaron en la protesta de Seattle y vieron a la reunión de Chiang Mai no como un evento aislado, sino como un eslabón en la cadena de protestas internacionales contra la globalización.

Las siguientes líneas de batalla se trazaron en Melbourne, Australia, a principios de septiembre. El espléndido Crown Casino, ubicado en el exclusivo puerto de Melbourne, fue escogido como el sitio para la Cumbre para Asia-Pacífico del Foro Económico Global (el Foro de Davos), que se había convertido en una de las fuerzas principales en el intento de proveer una cara más humana a la globalización. Muchos activistas opinaron que el Casino fue un símbolo adecuado de la globalización impulsada por las finanzas. Durante casi tres días de protestas callejeras, unos 5.000 manifestantes logra-

ron cerrar las entradas clave del Casino, obligando a los organizadores a traer y llevar en helicóptero a algunos delegados, una vez más frente a la televisión. Adicionalmente, como en Seattle, el rudo tratamiento a los manifestantes por parte de la policía (con muchos de sus miembros a caballo) magnificó la controversia global sobre el evento.

LA BATALLA DE PRAGA

Más tarde en ese mismo mes, el turno para convertirse en campo de batalla fue de Europa. Cerca de 10.000 personas llegaron a Praga desde todas partes del continente, preparadas para participar en una confrontación apocalíptica con las instituciones de Bretton Woods durante su Reunión Anual en esa hermosa ciudad de Europa del Este, en la más bella temporada del año. La ciudad de Praga no desilusionó. Con las manifestaciones y las batallas callejeras atrapando a los delegados en el Centro de Convenciones o con las concentraciones arremolinándose alrededor de ellos cuando intentaron regresar a sus hoteles en el renombrado centro histórico de Praga, la agenda de la reunión fue, tal como lo expresó un funcionario del Banco Mundial, “efectivamente tomada” por los manifestantes anti-globalización. Cuando un gran número de delegados se negó a ir al Centro de Convenciones durante los dos días siguientes, se vieron obligados a clausurar la reunión un día antes de lo previsto.

Tan importante como las protestas en Praga fue el debate realizado el día 23 de septiembre en el famoso Castillo de Praga entre representantes de la sociedad civil y la cúpula del Banco Mundial y el FMI: un evento auspiciado por el Presidente de la República Checa, Vaclav Havel. En vez de cerrar la brecha entre los dos lados, el evento sólo logró ampliarla, puesto que al responder a demandas concretas, el Presidente del Banco Mundial James Wolfensohn, y el Director General del FMI Horst Köhler, no estuvieron preparados para ir más allá de los perogrullos y las generalidades, como si les preocupara sobrepasar los límites establecidos por sus amos del G-7. George Soros, quien defendió al Banco en el debate, lo dijo todo cuando admitió que Wolfensohn y Köhler “se desempeñaron terriblemente” y que habían desperdiciado su principal encuentro con la sociedad civil.

Después de Seattle, mucho se dijo acerca de reformar el sistema económico global a fin de que éste incorporase a aquellos que han “quedado atrás” por parte de personalidades como Bill Gates, Bill Clinton, Tony Blair, Kofi Annan y el máximo ejecutivo de Nike, Phil Knight. De hecho, el Foro de Davos colocó la cuestión de la reforma como primer punto de la agenda en las reuniones que realizó la elite global.

Sin embargo, un año después de Seattle, es muy poca la acción concreta que hay.

La más prominente iniciativa de reforma, el plan del G-7 para reducir el servicio de la deuda externa de los 41 Países Pobres Altamente Endeudados (HIPC), en realidad ha entregado sólo US\$ 1.000 millones desde su inicio en 1996, o una reducción de sólo 3% en los últimos cuatro años y medio.

Un año después del colapso de la reunión de Seattle, se ha desvanecido la discusión sobre la reforma del proceso de toma de decisiones de la OMC. Ahora, su Director General Mike Moore dice que el sistema no democrático, no transparente, del “Consenso/Salón Verde”, es “no negociable”.

En lo que tiene que ver con la arquitectura financiera internacional, se ha evitado la discusión seria sobre la posibilidad de controlar al capital especulativo a través de medidas tales como la tasa Tobin. Un FMI no reformado sigue en el centro del “sistema apaga-incendios”. Una línea de crédito preventivo de crisis del Fondo (que ningún país quiere utilizar) y un Foro sobre Estabilidad Financiera (en el cual hay poca representación de los países en desarrollo) aparecen como las únicas “innovaciones” que emergen como resultado de las crisis asiática, rusa y brasileña de los últimos tres años.

De igual manera, dentro del FMI y del Banco Mundial ya no hay discusión sobre la reducción del poder del voto de EE.UU y de la Unión Europea en beneficio del incremento en el poder del voto de los países del Tercer Mundo, y menos aún respecto de terminar con las prácticas feudales de tener siempre a un europeo a la cabeza del Fondo y a un estadounidense a la cabeza del Banco. El muy anunciado proceso consultivo para la preparación de los “Informes sobre las Estrategias de Reducción de Pobreza” (PRSP) por parte de los gobiernos que piden préstamos, resulta ser nada más que un intento de aplicar una lámina decorativa de participación pública al mismo proceso tecnocrático. Proceso que sigue reproduciendo las estrategias de desarrollo con el mismo énfasis en el crecimiento a través de la desregulación y la liberalización del comercio con, quizás, unas redes de seguridad social salpicadas por aquí y por allá. Dentro del Banco, una fuerte resistencia a innovaciones que pondrían el énfasis en las reformas sociales llevó a la renuncia de dos reformistas: Josef Stiglitz, el economista principal, y Ravi Kanbur, el jefe del grupo de trabajo responsable del Informe sobre el Desarrollo Mundial.

LA DEBACLE EN LA HAYA

A lo largo del año, las protestas tuvieron una característica anti-transnacional e identificaron al Banco Mundial, al FMI y a la OMC como sirvientes de las corporaciones. Una fuerte desconfianza hacia las multinacionales surgió incluso en EE.UU., donde un 70% de personas encuestadas opinó que las corporaciones tenían demasiado poder sobre sus vidas. La desconfianza y la oposición a las transnacionales sólo pudieron volverse más profundas después del fracaso de la Conferencia sobre Cambio Climático en La Haya a principios de diciembre, debido a la falta de voluntad por parte de la industria estadounidense para reducir significativamente sus emisiones de gases invernaderos. En un momento en el que la mayoría de los indicadores muestra una aceleración de las tendencias al calentamiento global, la acción de Washington reforzó la convicción del movimiento anti-globalización sobre el hecho de que la eli-

te de EE.UU. está determinada a apoderarse de todos los beneficios de la globalización y a cargar los costos al resto del mundo.

Al analizar la situación después de Seattle, C. Fred Bergsten, un promotor prominente de la globalización, expresó ante una reunión de la Comisión Trilateral en Tokyo en el mes de abril pasado que “las fuerzas anti-globalización están ahora en alza”. Hoy esa descripción tiene más razón de ser que nunca. Puesto que la elite global ha perdido confianza en las instituciones clave del control económico global, ellas enfrentan una clásica crisis de legitimidad. Si no recuperan la legitimidad, será un asunto de tiempo que las estructuras se caigan, sin importar qué tan sólidas se vean, pues la legitimidad es el fundamento de las estructuras de poder. El proceso de deslegitimación es de difícil reversión una vez que se arraiga. De hecho, lo que podríamos llamar, según Gramsci, el “retiro del consentimiento”, tiende a alcanzar hasta el corazón mismo de las instituciones y prácticas del capitalismo global, incluyendo las corporaciones transnacionales.

El 2001 conlleva la promesa de un año igualmente atormentado para el proyecto globalizador.